

Cap. I.14

VII Elecciones generales. 2000

La mayoría absoluta de Aznar

La convocatoria de las elecciones generales del año 2000 se realizó en un contexto en el que al PP de José María Aznar todo le sonreía, tanto en el ámbito político y económico general del país como en la situación interna del PSOE. En Baleares, mientras tanto, el PP afrontaba las urnas de forma muy diferente, pues por primera vez iba a perder el poder autonómico, y las urnas generales le venían llenas de incertidumbre.

La situación nacional

La llegada a la presidencia de José María Aznar en 1996 supuso un cambio de formas muy significativo respecto de lo que habían sido los últimos años de Felipe González, y desde luego de lo que habían sido los años de oposición del propio Aznar. Imprimió un ritmo frenético de reformas económicas e introdujo desde el primer momento una política fuertemente liberal, obsesionado como estaba por cumplir con las exigencias del pacto de Maastrich para entrar en la futura moneda única de la Unión Europea con el primer grupo de países.

Fruto de esta política, en sólo un año y medio España entró en una nueva fase de recuperación económica, mucho más intensa que la experimentada a principios de los años noventa. El crecimiento sobre el PIB pasó del 2,4% en 1996 al 4,7% en 1999 y el paro se redujo del 22% en 1996 al 13% en el año 2.000. Ciertamente es también que una parte importante de esta recuperación se debió a las ayudas europeas a cuenta de los generosos Fondos de Cohesión, así como

a la inversión extranjera en un país relativamente barato para invertir en construcción, o en turismo, pero la verdad es que en muy pocos meses ya se hablaba del “milagro español” y Aznar lograba entrar en el euro en diciembre de 1997.

A la vez, gobernaba plácidamente con CiU y Coalición Canaria. Otra cosa fue con el PNV. Cuya relación pasó de la cordialidad al hacerse el pacto –tras el de CiU- a la tensión creciente. El endurecimiento de la política antiterrorista, con el punto de inflexión ascendente tras el asesinato de Miguel Angel Blanco en julio de 1997, motivó importantes desacuerdos de calado con el PNV, terminando la legislatura fuertemente enfrentados ambos partidos. Pero con esta excepción, el PP tuvo una estabilidad política parlamentaria no vista en los años anteriores.

En contraste con la tranquilidad conservadora, la pérdida de poder en el PSOE tuvo efectos desastrosos a nivel interno. En el congreso federal en junio de 1997, Felipe González anunció que no se presentaba a la reelección de secretario general y apostó por Joaquín Almunia, quien había sido ministro en dos ocasiones y portavoz del partido. Almunia fue en efecto elegido líder del partido, pero no candidato a la presidencia, ya que este cargo – según lo aprobado en el mismo congreso - debía ser elegido mediante un proceso de primarias. Éstas se celebrarían un año después, en abril de 1998, con la idea de que así el partido estaría suficientemente cohesionado en torno a Almunia como para elegirle sin necesidad de enfrentamientos ni divisiones internas. Según este plan, el partido aún dispondría de un año para engrasar la maquinaria electoral de cara a las siguientes autonómicas, locales y europeas de junio de 1999 y por supuesto, de cara las generales del año 2000, donde podrían volver a arrebatarse el poder al PP.

Pero lo cierto es que las derrotas nunca son tan fáciles de asimilar, y el hueco dejado por un líder de la talla de González no pudo ser compensado con el perfil mucho más blando de Almunia. Casi al día siguiente de su elección, tanto las bases como la corriente crítica Izquierda Socialista buscaron su propio candidato

alejado del aparato y lo encontraron en el exministro de Obras Públicas Josep Borrell, que sorprendentemente logró imponerse al candidato oficialista en las citadas primarias por un 55% a 45%. La situación era kafkiana y nunca vista en la política nacional. Borrell era el candidato pero tenía que aceptar que su adversario derrotado, al frente del partido, confeccionara las listas electorales tanto en las autonómicas como en las locales y generales. La dificultad de la cohabitación se fue agrandando cada vez más hasta que todo estalló en forma de historia sórdida de dos colaboradores de Borrell de los tiempos en que había sido secretario de Estado de Hacienda y que se vieron denunciados, nada menos, que por fraude fiscal. La dirección del partido le retiró la confianza –si es que la tuvo alguna vez- y su suerte quedó sellada. Dimitió el 14 de mayo de 1999 y el candidato a presidente del gobierno terminó siendo Almunia, el perdedor de las primarias. Con estas circunstancias de partida, el reto de enfrentarse a un crecidísimo Aznar no pintaba muy bien para el socialista, a pesar de que tanto en las autonómicas como en las locales y europeas de junio de 1999, el PSOE pudo mantener el 36% de los votos gracias no tanto al partido en Madrid, sino a los barones locales como Ibarra, Bono o Chaves que mantenían anclajes muy sólidos en sus respectivas comunidades.

Tampoco era muy buena la situación para IU. Las elecciones de 1996 le habían reportado subir tres escaños en el parlamento y obtener el máximo histórico de 21, pero este incremento había estado muy por debajo de las expectativas de un Julio Anguita que ya tenía seria contestación interna. La mayor de ellas provenía de los denominados renovadores, que nunca dejaron de insistir en la necesaria apertura del partido hacia otros sectores ajenos a la tradición del PCE, de inspiración más socialdemócrata, y que les hubiera supuesto un mayor intercambio de votos con el PSOE. Pero Anguita nunca cedió y durante los primeros años de Aznar como presidente insistió en una estrategia que él denominó “de las dos orillas” donde la orilla de IU, contraria a la del PSOE, podría superar a ésta al estilo italiano. El problema era que el escaso crecimiento de 1996 dejaba en entredicho este sueño, a la vez que los socialistas y sus medios más afines no se cansaban de repetir una vez y otra que lo que realmente

existía en la orilla de IU era una “pinza” para perjudicar e incluso “laminar” al PSOE. Esta expresión – que hizo fortuna mediática- tuvo bastante más efecto a favor del PSOE que las “orillas” a favor de IU.

Mientras, los críticos a Anguita se agrupaban en torno al Partido Democrático de la Nueva Izquierda, que si bien se mantenía bajo el paraguas de IU tenía intensos enfrentamientos con la ortodoxia anguitista. En septiembre de 1997 sus más conocidos dirigentes, con la diputada Cristina Almeida a la cabeza, abandonaban IU, lo que originó un rosario de fugas y traspasos que terminaron con la propia Almeida como candidata a la presidencia autonómica de Madrid en 1999 por el PSOE. Por si esto fuera poco, Iniciativa per Catalunya (IC) se escindía entre los más fieles a Anguita y los renovadores, ampliamente mayoritarios, - y que se consolidaron como Iniciativa per Catalunya-Verds -, siguiendo la estela de coaliciones entre comunistas y verdes comenzada unos años antes, sobre todo en ámbitos autonómicos como el balear. Los fieles a Anguita formaron Esquerra Unida i Alternativa, un partido que por sí solo poco futuro tuvo, y que acabó por aliarse de nuevo en el futuro con la formación que había abandonado.

A efectos de las elecciones de 2000, lo que cuenta es que IU se presentaba a los comicios con bastantes dificultades. A las que se sumó por tercera vez los problemas coronarios de Anguita y la debacle de las elecciones de junio de 1999. Tras perder 9 puntos en las europeas, 5 en las locales y 4 en las autonómicas, comprobaron con horror que casi toda la pérdida se explicaba por el transvase de votos al PSOE, por lo que Anguita dimitió e IU eligió como candidato a la presidencia del gobierno para las siguientes elecciones a Francisco Frutos, el cual era investido secretario general del PCE en diciembre del mismo año.

Las candidaturas de baleares

Tras las elecciones generales de marzo de 1996, en el seno del PP volvieron a aflorar los enfrentamientos sobre todo dirigidos a Cristòfol Soler, presidente del

gobierno autonómico. A los pocos meses de su gestión ya había comenzado a percibirse un severo alejamiento de la ideología tradicional del partido en aspectos muy sensibles como los relativos al territorio y al catalán. Pero este malestar, que podía haberse gestionado con habilidad y contemporización, explotó cuando, en el mes de mayo de 1996 Soler intentó una remodelación del Govern que no dejó contento a casi nadie. Cañellas, que llevaba casi un año dimitido pero que aún conservaba su escaño de diputado autonómico y su cargo como presidente del grupo parlamentario, instó a votar la gestión de Soler entre todos los diputados conservadores. El resultado fue una censura mayoritaria. Ipso facto dimitió Soler.

El vacío de poder fue monumental, emergiendo todas las disputas que habían sido más o menos sordas desde la dimisión forzada de Cañellas. Pero esta vez los movimientos fueron rápidos y de entre todas las conspiraciones triunfó la encabezada por Bartomeu Reus, Joan Verger, Carlos Ripoll y Juan Forcades, que con el apoyo indisimulado de Aznar, planearon elevar al entonces consejero de Economía, Jaume Matas, a la presidencia del Govern. Matas, que iba a ser relegado por Soler a consejero de Agricultura, no tardó ni minutos en aceptar encabezar la rebelión palaciega.

La operación se realizó con éxito en junio de 1996. A partir de ahí Matas intentó un giro reformista tanto del gobierno regional como del partido. No fue fácil. La primera medida era quitarse el lastre de Cañellas, cuya permanente influencia – amén de los sucesivos eventos judiciales a los que se estaba viendo sometido, incluida su segunda citación por el caso Calviá - se le hacía insoportable. Había tejido una red de apoyos que le permitían seguir teniendo influencia en el partido, en el Govern y en el Parlamento, del que eran piezas claves tanto el secretario general del partido, Joan Verger, como algunos consejeros del gobierno regional puestos por él mismo sólo un año antes. De hecho, el crispado congreso regional de octubre de 1996 – pospuesto por Madrid ante el permanente cruce de acusaciones entre unos y otros -, fue un auténtico pulso entre barones, ganando claramente Cañellas al colocar a Verger en la presidencia y a Carlos Ripoll en la

secretaría general, repartiendo él mismo la práctica totalidad de puestos en la ejecutiva regional y rechazando una moción que instaba a depurar responsabilidades políticas por los casos de corrupción.

Pero Matas no se rindió. Con el sustentáculo de la dirección nacional, así como del trabajo de su jefe de gabinete y mano derecha, el periodista Javier Mato, se centró en el gobierno poniendo en marcha una campaña de propaganda como jamás se había visto hasta entonces en la política isleña, forjándose una imagen, entre las bases derechistas, de tecnócrata y gestor eficaz, a la más pura imagen de Aznar. Su alejamiento de Cañellas acabó por ser absoluto –al final de la legislatura el expresidente dimitió de su condición de diputado- a la vez que José María Rodríguez iba ganándose poco a poco su confianza hasta que, a los pocos meses, no dudó en poner toda la estructura del partido en Palma al servicio del nuevo líder.

A pesar de todo, en las autonómicas de 1999 el PP no logró superar el 45% de los votos y perdió la ajustada mayoría absoluta de la que gozaba. Mucho se habló sobre las causas de esta inesperada derrota, pero la realidad es que las décimas de diferencia con las anteriores autonómicas provenían casi en su totalidad de la circunscripción de Formentera, por la que por menos de 500 votos el único diputado en liza cayó en manos de la coalición progresista. Luego, UM decidió decantar la balanza del gobierno a manos de un pacto de cinco partidos y el PP pasó a la oposición. La debilidad política en que quedó Matas, junto al acoso judicial que le supuso una denuncia por engordar artificialmente los censos en Formentera, propició que quedara vendido ante sus enemigos internos. Cañellas teledirigió entonces a su fiel Catalina Cirer – a la sazón Delegada del Gobierno en Baleares- para que le disputase la presidencia del partido en el IX congreso regional de octubre de 1999. Pero ante la intervención de la dirección nacional conservadora, Cirer prefirió seguir en la Delegación, olvidándose de competir con Matas, viendo, además, que la figura emergente de Jose María Rodríguez, cuyo poder venía ahora por ser Teniente de Alcalde y presidente del PP de Palma, no estaba precisamente por apoyar a Cañellas. De

esta manera, con el apoyo de Madrid y el de Palma, no le fue muy difícil a Matas hacerse con la presidencia del partido y desplazar a Verger, colocando a un hombre de paja, Jaume Ribas, como secretario general.

El PP se lanzaba, en fin, hacia las elecciones de 2000 en una situación de cierta debilidad, pues a pesar de la ola nacional a su favor, aún coleaban las tensiones domésticas no resueltas protagonizadas por Cañellas, Verger, Soler y Huguet esencialmente. Matas, consciente que se jugaba su última carta en estas elecciones generales, colocó de cabeza de lista al Congreso a su entonces fiel Rosa Estaràs, cerrándole el paso a Cirer que era el empeño de Cañellas. Además, Estaràs no era mal vista por otros sectores y venía a representar lo más cercano posible a una candidata de consenso. La lista continuaba con María Luisa Cava de Llano, que repetía por tercera vez por Ibiza, Juan Salord que se estrenaba por Menorca y Miguel Ángel Martín Soledad y Antonia Febrer, estos dos últimos representando las cuotas territoriales de Calvià y Manacor respectivamente. Al Senado se nombró candidatos por Mallorca a Eduardo Gamero, que provenía del Congreso y a José Manuel Ruiz, que había substituido a Jaume Font a mitad de legislatura. José Seguí por Menorca y Enrique Fajarnés por Ibiza completaban la lista.

Por su parte el PSOE, tras la experiencia del congreso extraordinario de 1994, se enfrentó de nuevo a una nueva asamblea regional, prevista para el 6 de julio de 1997, en medio de una fuerte disputa interna entre los dos grupos de siempre. El "nacionalista" liderado por Joan March, -y que ya tenía en Francesc Antich y Damià Cànovas nuevas caras para lanzar el liderazgo del partido -, y el sector "crítico", con el ex alcalde de Palma Ramón Aguiló al frente y que esta vez contaba entre sus adheridos a la peculiar alcaldesa de Calvià, Margarita Nájera, que parecía dispuesta a dar apoyo a Aguiló en contra los oficialistas. Tal era el grado de tensión entre ambos grupos que al final se optó por evitar el enfrentamiento buscándose un secretario general de circunstancias, como si fuera de consenso. Andreu Crespí fue el elegido en sustitución de Triay, y Nájera de presidenta. En su discurso de aceptación del cargo, Crespí hizo gala de su

moderación y ganas de situarse como un primus inter pares con el objetivo de apaciguar las guerras internas, pero a pesar de esta voluntad, todo volvió a ser cómo siempre. Los autonomistas presionaron para dejar a Aguiló expresamente fuera de la dirección, lo que al cabo le llevó a abandonar el partido.

Siguiendo la estela nacional, en junio de 1998 el Partido Socialista isleño se dispuso a celebrar elecciones primarias para nombrar al candidato a presidente del gobierno balear en los comicios autonómicos de 1999. El secretario general, Andreu Crespí, anunció su deseo de presentarse, pero nuevamente el grupo “nacionalista” de Joan March enseguida se activó –de hecho no había dejado de estarlo - y organizó la candidatura de Francesc Antich, con el apoyo de buena parte de las agrupaciones socialistas de los pueblos de la Mallorca menos urbana. Antich había sido alcalde de Algaida y desde 1995 era miembro del Consejo Insular de Mallorca, con Maria Antònia Munar, de UM, al frente. Responsable de Medio Ambiente, pronto obtuvo la confianza y amistad de la presidenta y se erigió en el líder del escaso grupo socialista del Consejo, pasando a ser candidato -tras ganar las primarias por el escaso margen de 53% contra el 47%- a la presidencia del Govern.

Los resultados de las autonómicas de 1999 volvieron a ser nefastos para el PSIB, subiendo tres puntos respecto de las anteriores pero quedándose en un magro 27%. Sin embargo, la pérdida de mayoría absoluta del PP, junto a la buena sintonía personal y política con Munar, permitió a Antich cerrar un pacto rápidamente entre él y ella en el Govern al estilo del Consell de Mallorca, no quedándole al resto de fuerzas, EU-Verds y PSM, más que las lentejas: o lo tomaban o.... Antich se quedaba la presidencia del Govern y Munar se colocaba de nuevo como presidenta del Consejo mallorquín, a la vez que en Menorca era elegida Joana Barceló (PSOE) y en el de Ibiza Pilar Costa (PSOE). El PSOE isleño se dirigía pues las elecciones generales de 2000 en una situación de clara inferioridad electoral pero en la que, paradójicamente, tenía más poder institucional que nunca.

El poder actuó –como siempre suele ocurrir en política- como bálsamo para las heridas internas. Y la contestación se evaporó con rapidez. Por tanto, los urnas a Cortes venían en un momento que parecía bueno, o al menos así lo decían los dirigentes, sobre todo los cabeza de lista a Cortes, Teresa Riera y Alberto Moragues, ambos repitiendo candidatura, pero a nadie se le escapaba la dificultad, por no decir imposibilidad, de un vuelco electoral que permitiera al PSOE convertirse en la fuerza más votada.

En Unió Mallorquina reinaba la felicidad, habiendo conseguido un poder autonómico absolutamente desproporcionado para su 8% de apoyos. Con todos sus barones en cargos de dirección insular la misión era mantener el poder que tenía. Por tanto las elecciones generales importaban poco. O nada. Así que convenía no gastar mucho dinero ni esfuerzos en ellas. Le bastaba usarlas para el fin habitual: poner al PSM en una situación incómoda. Bajo esta estrategia provinciana, de nuevo le plantea, a través de la prensa, la posibilidad de un acuerdo preelectoral. El PSM por supuesto no aceptó, y habiendo aprendido la lección, esta vez no hubo siquiera debate a través de los medios de comunicación. Entonces UM optó por designar candidato propio: otra vez Francesc Buils, uno de los jóvenes de absoluta confianza de Munar y que empezaba a despuntar.

En aquellos momentos en el PSM se estaba intensificando el proceso de derechización comenzados unos años antes de la mano de Pere Sampol, que desde la vicepresidencia del gobierno autonómico dirigía en verdad la línea política del PSM, a pesar del secretario general Mateu Morro, que reelegido en 1998, acabó por incorporarse también al ejecutivo. Con la estrategia de Sampol –que contaba con el periodista Antoni Martorell como ejecutor de su confianza, y quien al fracasar la estrategia se pasó, años después, a UM -, el partido nacionalista intentaba emular a Convergència Democràtica de Catalunya (CDC), el partido de Jordi Pujol, pretendiendo convertirse en la formación de los pequeños empresarios y sobre todo de los comerciantes mallorquines, incrementando su mensaje de nacionalismo economicista. Para las elecciones

generales de 2000, concedora la dirección que no tenía ninguna opción, dejó el número 1 de la candidatura al Congreso en manos de un nacionalista de izquierdas, Cecil Buele. Quien por cierto, no mucho después abandonó el partido, ante la deriva impuesta por Sampol, pasándose a ERC.

En cuanto a EU, su evolución en Baleares era pareja a la nacional, en un permanente debate interno entre los que optaban por abrirse a Els Verds al más puro estilo de Iniciativa per Catalunya y los más fieles a la forma de hacer política de Julio Anguita. Los ecologistas habían obtenido en 1995 un escaño autonómico por Ibiza – que ocupó Josep Ramon Balanzat, el primer diputado ecologista de todo el país-, pero en Mallorca, a pesar del incremento de votos, quedaron lejos de igualar la gesta y ello les llevó a reorientar su estrategia para el futuro. Negociaron con el PSM y EU la posibilidad de forjar coalición preelectoral, y al final cuajó con los comunistas para las elecciones autonómicas de 1999, en las que no sólo obtuvieron representación parlamentaria sino entrada en el gobierno del que se llamó el Pacto de Progreso, consiguiendo nada menos que una consejería del Govern cada uno. Por los ecologistas Margalida Rosselló, de Medio Ambiente, claro está; y Eberhard Grosske –que era el coordinador general del comunismo balear -, de Trabajo, también muy propio.

Tras este éxito EU intensificó su apuesta en vistas a las elecciones generales, abriéndose a Els Verds y a lo que los comunistas llamaban “la izquierda alternativa”, es decir, pacifistas, feministas, movimientos anti sistema, etc. En este sentido se explicaba la candidatura como número uno de EU al Congreso en la persona de Miquel Rosselló, un veterano del activismo político desde los tiempos de la dictadura y que representaba el sector más favorable a convertir EU de Baleares en algo muy semejante, o directamente igual, a Iniciativa per Catalunya-Verds. Pero a pesar de este optimismo, la historia electoral de EU no daba para muchas alegrías. Sus oscilaciones siempre dependían de lo que hiciera el PSOE, siendo sus últimas referencias el 8% obtenido en las generales de 1996 y el 4%-6% que habían obtenido en locales y autonómicas de 1999 respectivamente. No eran dígitos como para soñar con romper el bipartidismo.

La campaña

El ánimo entre las filas conservadoras fue creciendo en función de la cercanía de las elecciones: En 1997, las elecciones gallegas habían consolidado la victoria de Fraga con apoyos superiores al 52%, confirmando también la tendencia descendente del PSOE que había bajado del 24% al 20%. De igual manera, las elecciones vascas de 1998 supusieron para el PP pasar de la cuarta fuerza a la segunda, ganando cuatro puntos más -del 16% al 20%- y dejando el resto de formaciones con apoyos muy similares a los anteriores. Por último, la celebración de las elecciones autonómicas en el resto de comunidades en mayo de 1999, dejaba un mapa electoral autonómico en que el PP era la fuerza más votada, con una diferencia de cuatro puntos con el PSOE, lo que le permitió gobernar cómodamente en nueve de las diez en que ya lo hacía.

Así, la euforia del PP iba en aumento, en relación inversa a la depresión en la que vivía el PSOE. La dirección socialista comenzó entonces a calibrar la posibilidad de gobernar en coalición con IU, si los resultados lo permitían, al igual que lo estaban haciendo en multitud de municipios e incluso en autonomías como Baleares y Aragón. Nada más empezar el año 2000, la tensión electoral empezó a hervir como si en campaña se estuviera. El candidato socialista, Joaquín Almunia, pidió entonces a IU “un esfuerzo para superar la división entre los progresistas y vencer en las próximas elecciones generales”, pero IU no aceptó un acuerdo global que le comprometiera toda la legislatura, y sólo fue posible lo que la prensa denominó un “acuerdo de mínimos”, en todo caso puntual y postelectoral. Aún así, desde el PP y desde el gobierno se alertaba una y otra vez del “futuro catastrófico” que esperaba a España si en efecto PSOE e IU se hicieran con el gobierno.

Almunia, agónico y desesperado, intentó entonces un acercamiento hacia el nacionalismo. Gracias a ERC, el PSC disponía de la presidencia de la Generalidad, que CiU había perdido tras los comicios autonómicos de 1999.

Desde allí, su presidente Pascual Maragall empezaba a exigir un nuevo “pacto constitucional” basado en la teoría del “federalismo asimétrico”, a la que los independentistas de ERC daban apoyo táctico. Esta reivindicación fue asumida sin complejos por Almunia, quien el día 16 de enero presentaba en público su candidatura a la presidencia del gobierno asegurando, entre otras cosas, que su partido luchaba “por atraerse” a los nacionalistas “a quien Aznar ha alejado” de la “normalidad” política. El día 25 de enero, ya sin tapujos, ofrecía a la coalición nacionalista catalana una “alianza para gobernar España” en caso de que lo hicieran posible los resultados electorales.

Entonces la campaña se centró en buena parte -además de en aspectos económicos y de terrorismo- en esta posibilidad de reorganización de la estructura del Estado. El PSOE, con sus guiños a los nacionalistas y dando pábulo a las exigencias de Pascual Maragall, llegó a pedir el 11 de febrero al PP “un consenso para negociar el modelo autonómico”, lo que fue contestado ipso facto por Aznar diciendo que Almunia “tiene una empanada mental” que propicia “propuestas contra la cohesión territorial” asumiendo “la autodeterminación”, como reclamaban los nacionalistas.

En Baleares el candidato del PSM, Cecil Buele, se apuntaba entusiasmado a este debate: “España no es una nación sino un conjunto de naciones, entre ellas Baleares”, aseguraba días después en una rueda de prensa, para pasarse el resto de campaña apostando fuerte por la reforma de la estructura del Estado: “Baleares no siempre perteneció al Estado español y queremos una reforma (de éste) para que sus ciudadanos se puedan sentir cómodos”.

Por su parte, el joven batidor de UM Francesc Buils emulaba el nacionalismo economicista del pesemero Pere Sampol, abogando porque “los impuestos que se pagan aquí (en Baleares) aquí deben quedarse”. Obviamente lo que intentaba el nacionalista de derechas no era tanto atraerse voto, porque sabía que no podía optar al diputado, cuanto intentar acotar el creciente derechismo de Sampol, al que consideraba una amenaza para su partido.

Desde Esquerra Unida, Eberhard Grosske alababa la oferta de colaboración del PSOE y se mostraba eufórico ante la posibilidad de que “el Pacto de Progreso de Baleares sea un referente para todos los progresistas de España”, según declaraba el 1 de febrero a Última Hora. Sin embargo, sus conversaciones con PSOE y PSM no fructificaron del todo. Solo dieron para pactar candidaturas con el PSOE al Senado en Menorca y en Ibiza con toda la izquierda –con Fanny Tur como candidata- mientras que en Mallorca el pacto consistió en que PSOE y EU presentase un solo candidato –Ramón Socías e Ignasi Ribas, respectivamente- para así no competir entre ellos.

El pobre acuerdo fue sin embargo vivido desde IU con auténtica euforia, y así lo demostró en el acto de campaña central en Palma, cuando el candidato nacional Francisco Frutos –que de hecho asumía, tras la retirada de Anguita por sus problemas de salud, el liderazgo comunista-, flanqueado por Manuel Cámara, Eberhard Grosske y el candidato Miquel Rosselló, lo calificaba como “un salto cualitativo y cuantitativo inspirado en el pacto de gobierno balear”. Días después, Rosselló declaraba al Diario de Mallorca que “el pacto con el PSOE abre la posibilidad real de formar parte de un gobierno de izquierdas, como ocurre en Baleares”. Un logro que la candidata socialista, Teresa Riera, abundaba en su necesidad porque “hemos perdido (con Aznar) cuatro años de bonanza económica” ya que “en Balares seguimos con las pensiones y los sueldos más bajos”, declaraba a Última Hora.

Dando por hecho que Aznar ganaría en toda España, para los conservadores isleños estaba claro que las urnas debían tener una clara lectura doméstica. En primer lugar, para confirmar su privilegiada posición política, en segundo lugar para desprestigiar las fórmulas de los pactos de izquierdas, y en tercer lugar para que Jaume Matas recuperara el prestigio perdido tras la debacle autonómica del año anterior. Por ello, tras la publicación de las primeras encuestas - que auguraban un incontestable triunfo del PP -, la euforia era absoluta.

Cuando el 26 de febrero se desplaza a Palma José María Aznar, sus entusiastas fieles, reunidos en el Palacio de Congresos del Pueblo Español, la aclamación es total cuando augura que seguirá al frente del ejecutivo: “no queremos que nadie detenga la marcha de España” y, acto seguido, pasa a desacreditar la fórmula del Pacto con la expresión “Jo, qué tropa”, la cual terminaría por hacer fortuna mediática, pretendiendo hacer del pacto múltiple contra el PP sinónimo de caos. Lo dejaba claro Jaume Matas a continuación: “con el Pacto de Progreso sólo prosperan los que alcanzaron el poder”, sentenciando un rato después Estaràs: “el 13 de marzo comprobaremos que las Baleares no son socialistas, ni comunistas, ni verdes, ni independentistas, son del PP”.

Todo lo contrario, como es de suponer, se veía desde los ojos socialistas. El 28 de febrero llegaba a Palma Joaquín Almunia. Ante unas 2.000 personas congregadas en el Polideportivo de Son Gotleu, afirmó que el modelo de pacto entre izquierdas y nacionalistas, como el de Baleares, era el modelo a seguir: “España necesita un gobierno progresista, igual que el que ha sabido hacer en Baleares Francesc Antich”. El presidente balear no podía disimular su satisfacción y así lo declaraba este día y en posteriores encuentros con la prensa: “estoy orgulloso de que el Govern sea un ejemplo para todo el país”. Pero a pesar de las llamadas socialistas y comunistas a la activación de sus bases, a cada sondeo que se publicaba la depresión de la izquierda era mayor. En la encuesta realizada por el Instituto Opina publicada por Diario de Mallorca el 5 de marzo, el PP sumaría entre 166 y 170 escaños (por 156 de cuatro años antes), el PSOE entre 136 y 140 (por 141) e IU entre 12 y 14 (por 21). Ante estos augures, la posibilidad de un gobierno de izquierdas se estaba esfumando.

Inasequibles al desaliento, el día 9 de marzo se celebró en Palma un acto conjunto PSOE-EU, con los candidatos compartidos como estrellas de la sesión y poniendo de nuevo el ejemplo balear como el paradigma de éxito electoral: “necesitamos en el Estado un gobierno como el de Baleares”, decía Eberhard Grosske, líder de EU; “esta ‘tropa’ asaltará Moncloa para arreglar lo que han

hecho Aznar y sus secuaces”, aseguraba un simpático Ramón Socías, candidato al Senado por el PSOE.

Dos días antes, el PSM había celebrado su acto central de campaña. Los mensajes no por sabidos dejaban de repetirse: “cuando empezó a existir Madrid, las Baleares estaban ya cansadas de andar por el mundo, ¿y se atreven a decirnos cómo autogobernarnos?”, clamaba Cecil Buele ante un modesto auditorio de unos 300 seguidores en el Teatro Principal de Palma.

Los resultados nacionales

El 12 de marzo a las dos de la tarde la noticia era que la participación bajaba cuatro puntos, y que con toda seguridad terminaría el día con casi diez menos. La izquierda en su conjunto pronto se temió lo peor, y a las diez de la noche ya se sabía que la participación total era del 69%, ocho puntos menos que en las anteriores elecciones, la más baja de toda la historia, y que por lo tanto unos dos millones de votantes se habían quedado en casa.

A la hora de los recuentos, se desvelaba el saldo: a pesar de de esta merma, el PP ganaba seiscientos mil sufragios y superaba la emblemática cifra de diez millones de votos, obteniendo por primera vez en su historia una holgada mayoría absoluta de 183 diputados. Por el contrario, la abstención fue demoledora para la izquierda: los socialistas perdieron un millón y medio de votos y 16 escaños, mientras que IU pasó de 21 a 8. Por motivos diferentes, casi tres millones de votantes habían rechazado de golpe a la izquierda y sus mensajes sobre pactos. El desastre fue monumental. Joaquín Almunia dimitió esa misma noche como secretario general del PSOE y en IU, Francisco Frutos, reconocía sin tapujos que “es una derrota sin paliativos”.

Los resultados en Baleares

En Baleares se habían presentado quince partidos, un número elevado pero no máximo, que había sido de 16 en el año 1986, pero seis de ellos de ámbito no nacional, lo que sí era uno de los mayores índices desde 1977. La participación siguió la tónica descendente general y bajó diez puntos, quedando en el 61%, la más baja de toda la serie y nuevamente de todas las Comunidades.

Al igual que en la media nacional, destacó una subida brusca y muy significativa para el PP, que pasó del 46% a un espectacular 55% y que le supuso pasar de cuatro a cinco diputados (Rosa Estarás, Luis Cava de Llano, Juan Salord, Miguel Angel Martín). Máximos históricos. La bajada, de similar magnitud, estuvo repartida entre el PSOE, que bajó del 36% al 30% y quedó con dos escaños (Teresa Riera y Alberto Moragues), e IU, que bajó del 8% al 4%, mientras que el PSM mantuvo exactamente sus apoyos de cuatro años antes, un 6%.

Las actas al senado siguieron la misma regla electoral sin ninguna excepción, y a pesar de que el formato de lista abierta fomenta el voto al candidato y no tanto al partido, la correlación con el voto al Congreso fue casi perfecta. Así, en Menorca e Ibiza, en que se elige un senador, éste queda en manos del PP -José Seguí y Enrique Fajarnés respectivamente-, y en el caso de Mallorca, en que se eligen tres, dos fueron para el PP -Eduardo Gamero y José Manuel Ruiz por Mallorca-, y uno para el PSOE -Ramón Socías-.

Elecciones generales 2000 en Baleares. Resultados al Congreso										
	Resultados en miles					Resultados en %				
	Baleares	Mallorca	Menorca	Ibiza	Forment.	Baleares	Mallorca	Menorca	Ibiza	Forment.
Censo electoral	651.981	519.429	56.056	64.826	4.087					
Abstención	251.422	197.215	21.549	25.153	1.539	38,6	38,0	38,4	38,8	37,7
Voto emitido	400.559	322.214	34.507	39.673	2.548	61,4	62,0	61,6	61,2	62,3
Voto nulo	2.661	2.136	246	238	33	0,7	0,7	0,7	0,6	1,3
Voto en blanco	5.943	4.344	795	761	40	1,5	1,4	2,3	1,9	1,6
Voto a candidatura	391.955	315.734	33.466	38.674	2.475	98,5	98,6	97,7	98,1	98,4
TOTAL CANDIDATURAS	391.955	315.734	33.466	38.674	2.475	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
PP - PARTIDO POPULAR	214.348	173.269	17.198	21.751	1.173	54,7	54,9	51,4	56,2	47,4
PSOE-PROGRESISTAS	116.515	89.706	11.492	13.781	1.141	29,7	28,4	34,3	35,6	46,1
PSM-EN - PSM ENTESA NACIONALISTA	23.482	21.390	1.745	313	11	6,0	6,8	5,2	0,8	0,4
EU - ESQUERRA UNIDA DE LES ILLES BALEARS	15.928	12.875	1.598	1.362	47	4,1	4,1	4,8	3,5	1,9
EVIB - ELS VERDS DE LES ILLES BALEARS	9.556	7.714	772	942	46	2,4	2,4	2,3	2,4	1,9
UM-INME - UNIO MALLORQUINA-INDEP. DE MENORCA	8.372	7.956	369	16	4	2,1	2,5	1,1	0,0	0,2
ERC - ESQUERRA REPUBLICANA DE CATALUNYA	1.340	899	128	271	41	0,3	0,3	0,4	0,7	1,7
UPB - UNION DEL PUEBLO BALEAR	524	397	58	34	2	0,1	0,1	0,2	0,1	0,1
TD - COALICIO TREBALLADORS PER LA DEMOCRACIA	423	374	7	29	3	0,1	0,1	0,0	0,1	0,1
UC-CDS - UN.CENTRISTA-C.DEM. Y SOCIAL	341	275	22	38	1	0,1	0,1	0,1	0,1	0,0
PRIB - PARTIDO RENOVADOR DE LAS I.BALEARES	334	283	14	22	1	0,1	0,1	0,0	0,1	0,0
ES2000 - PLATAFORMA ESPAÑA 2000	221	181	4	32	1	0,1	0,1	0,0	0,1	0,0
LF - LA FALANGE	220	164	25	23	3	0,1	0,1	0,1	0,1	0,1
FEI-FE 2000 - FALANGE ESP.INDEP.FALANGE 2000	182	137	13	27	1	0,1	0,0	0,0	0,1	0,0
EC - ESTAT CATALA	169	114	21	33	-	0,0	0,0	0,1	0,1	0,0

Diputados electos: Rosa Estarás, Luis Cava de Llano, Juan Salord y Miguel Angel Martín, y Antonia Febrer (PP), y Teresa Riera y Alberto Moragues (PSOE)

Elecciones generales 2.004 en Baleares. Resultados al Senado			
Isla	Partido	Senador	Votos
Mallorca	PARTIDO POPULAR	EDUARDO GAMERO MIR	160.206
Mallorca	PARTIDO POPULAR	JOSE MANUEL RUIZ RIVERO	152.255
Mallorca	PSOE-PROGRESISTAS	RAMON ANTONIO SOCIAS PUIG	90.957
Menorca	PARTIDO POPULAR	JOSE SEGUI DIAZ	16.892
Eivissa-Formentera	PARTIDO POPULAR	ENRIQUE FAJARNES RIBAS	22.284

Por debajo de estos partidos apenas nada fue reseñable. Tanto los ecologistas como UM siguieron clavados en el testimonial 2% de los votos, demostrando que su progresión en las autonómicas y el gozar, a través de pactos, de cargos institucionales no acompañaban un aumento de votos en las elecciones generales.

Ninguna Isla se distanció del promedio de voto autonómico, exceptuando Ibiza en la que Izquierda Unida fue la tercera fuerza en vez del PSM, cuya presencia en dicha isla es testimonial. Sin embargo, la distribución del voto municipal sí que presentó singularidades muy notables. Por un lado, el PP ganó absolutamente en todos los municipios de la Comunidad, obteniendo registros incluso por encima del 60% en Sant Joan de Labritja, Escorca, Sa Pobla, Valldemossa, Campos, Sant Joan, Estellencs, Santa Margalida, Llubí, Sencelles, Muro, Deià y Ariany. El PSOE no llegó al 50% en ninguno, pero superó el 40% en Formentera, Capdepera, Es Castell, Lloseta, Alaró, Sant Antoni de Portmany, Mahón e Ibiza. Por encima del 20%, el PSM lideró Vilafranca de Bonany, Campanet, Banyalbufar, Petra, Santa Maria del Camí y Llubí. Izquierda Unida tuvo que conformarse con registros siempre menores al 7% encabezados por Es Castell, Marratxí, Maó, Capdepera, Estellencs y Deià, mientras que UM, con un promedio autonómico sólo del 2%, obtuvo pesos electorales mayores del 11% en Costitx, Ariany, Búger, Muro, Deià y Alcúdia, los dos primeros con un 26% y un 45% respectivamente.

El bipartidismo subió nuevamente, del 82% al 84%, y la dualidad derecha-izquierda volvió a su decantarse por el lado de la derecha. Con apenas cinco partidos, (PP-UM-Unió des Poble Balear-España 2000-Falange) llegó hasta el 56%, una cima difícil de repetir que contrastaba sobremanera con el 47% de cuatro años antes, y consecuentemente, la izquierda -representada por PSOE, PSM, EU, Verds, ERC, Treballadors per la Democràcia, Estat Català- se precipitaba al abismo del 42%, sobre todo si se compara con el 52% de 1996.

El peso de los partidos nacionalistas consiguió sin embargo rectificar su tendencia a la baja de las últimas ocasiones. Gracias al PSM, la adición

aritmética de éste con UM, ERC y Estat Català llevó a sumar un 8%, un valor lejano del 11%-13% necesario para conseguir un diputado, pero relativamente alto respecto de elecciones anteriores. Este cálculo de suma nacionalista, tan simple de hacer sobre el papel como difícil de definir políticamente, será una tentación constante para todos los partidos no nacionales, cuyo primer intento en elecciones generales no tardaría en ocurrir.

.....

De nuevo, al día siguiente de urnas nadie se lamentaba y todos triunfaban, aunque lógicamente, la interpretación iba por barrios y casi todos ellos en clave local. En la derecha, un eufórico Jaume Matas apuntaba que “lo conseguido por el PP invita a la reflexión del resto de partidos”, en una clara alusión al fracaso de la tan glosada por la izquierda fórmula del Pacto de Progreso. Desde luego no se dio por enterada la candidata socialista Teresa Riera, quien declaraba que “los socialistas tenemos la energía suficiente para enderezar la situación”, si bien la energía no se dirigía a nada que pudiera oler a autocrítica y desde luego que en Madrid poco podría hacer por ello. Más temeroso y realista era el presidente Antich: “confío en que este resultado no afecte al Govern”, una afirmación seguramente dirigida a su amiga y aliada Maria Antònia Munar, quien, aludida, sancionaba a continuación: “apostamos por la continuidad del pacto”. Esto sí, con su candidato destrozado por las urnas. Francesc Buils, en la noche de autos no podía resistir la tentación de inscribir con letras de oro su nombre en la galería de los despropósitos cuando declaraba “nuestro proyecto cada vez se consolida con más fuerza”.

PSM y EU respondieron a Antich en similar clave local. Mateu Morro se limitó, sin gran entusiasmo, a felicitarse porque “somos la tercera fuerza”, mientras que en EU, Miquel Roselló, se apresuró a advertir que los resultados “no afectarán al pacto”.